

# Chascon contra Taurín

EL TORNEO  
DE LAS ROSAS



Chascon

Nº 16

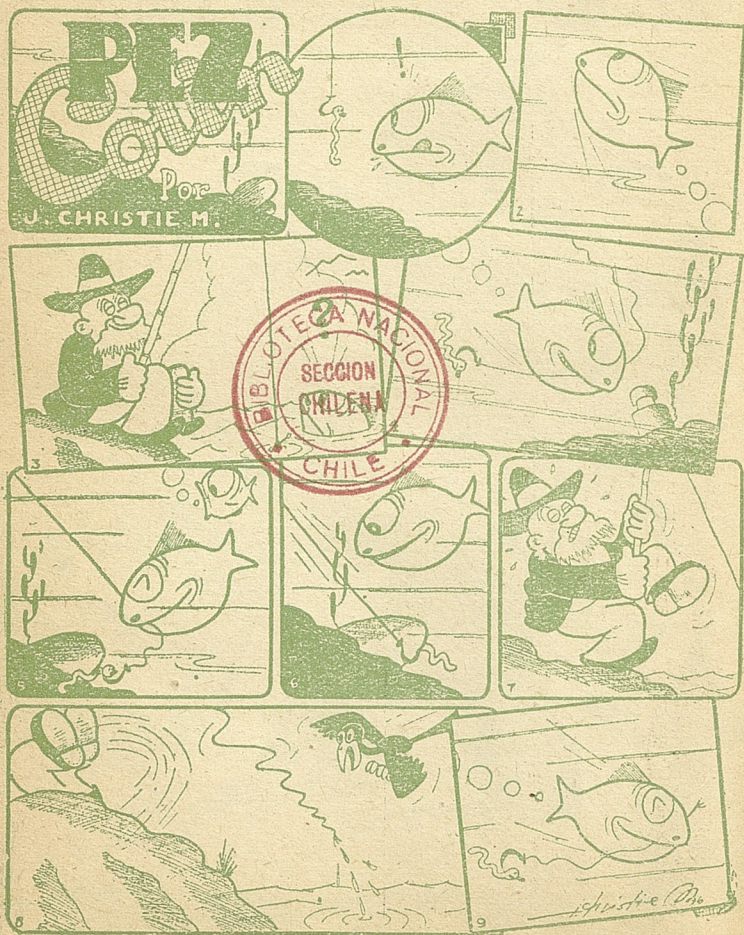
Año 1





Redacción y Administración: Agustinas 1639.—Casilla 2787

REVISTA SEMANAL DE CUENTOS INFANTILES



*El Pez Colin no se ahoga en poca agua para conseguirse un buen almuerzo, ¿verdad?*





# Chascón contra Tarzán

Episodio N.º 16

**L**a Princesa de los Diamantes dejó verdaderamente encantados a Chascón y a Tarzán. A ambos les pareció una mujer muy linda.

—¡Qué contento me sentiría si me casara con ella! — pensó Tarzán, sin decir palabra, temeroso de que Chascón le diera una paliza por atreverse a decir una cosa semejante.

Como ya saben nuestros lectores, Chascón y Tarzán llevaron a la Princesa a casa de su padre, el poderoso Rey que habitaba en un lejano país. El Rey, en cuanto vió llegar a su hija, dió un grito de júbilo. No cabía en sí de puro feliz:

—¡Hija mía, hija de mi corazón! — exclamaba. ¡Por fin has regresado a los brazos de tu padre!

Y diciendo esto la abrazaba y la besaba llorando de alegría. Después de estos regocijos del Rey y de su hija, se trató de saber cómo se premiaría a los salvadores.

—Es necesario — dijo el Rey — que



yo les demuestre mi agradecimiento. Quiero que mi hija se case con aquel de ustedes dos que más la merezca.

En cuanto el Rey dijo estas palabras, la Princesa le lanzó una tierna mirada a Chascón. En seguida se ruborizó como una muchachita y Chascón, muy satisfecho, se irguió, sonriente, mientras Tarzán, lleno de celos y de envidia, comenzaba a pensar que convenía preparar la manera de echar a perder la felicidad que la suerte le prometía a su odiado rival.

—Quiero que mi hija se case con uno de ustedes dos — volvió a repetir el Rey. Y como no sé con cuál habrá de desposarse, a ambos los someteré a una prueba. El que venza en ella tendrá la mano de mi hija.

Chascón y Tarzán, al escuchar estas palabras del soberano, hicieron una reverencia muy profunda y el Rey, contestándoles, inclinó tanto la cabeza que casi se viene de bruces al suelo.

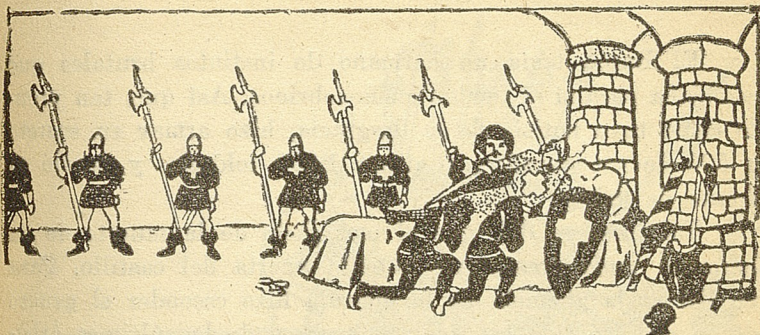
—Pues bien — agregó el monarca — celebraré una gran fiesta, en medio de la cual se verificará un torneo inolvidable. En este torneo, ustedes dos lucharán como los antiguos caballeros, montados a caballo y con una poderosa lanza por toda arma.

Tarzán, al escuchar esto, palideció. Sabía que Chascón tenía el puño más fuerte que el suyo y no le agradaba volver a probarlo. Pero nada podía hacer en contra de los deseos del soberano. Si éste quería que lucharan los dos enemigos, tendrían que luchar hasta morir, en caso necesario.

(Véase en las páginas centrales la continuación de estas maravillosas aventuras).



# El Perverso Conde de Rocadura



Acudieron a la cabecera del pobre moribundo.

## I

En muy lejanas edades, existía en un remoto país un castillo cuyo dueño era el muy poderoso Barón de Alto-Roble.

El dueño del castillo era viudo y tenía dos hijos gemelos que, aunque tan sólo contaban quince años de edad, eran ya diestros en el difícil manejo de las armas.

Un día, el Barón, apasionadísimo de la caza, tuvo la desgracia de no poder refrenar su caballo, y fué a estrellarse en el fondo de un barranco. Grandes dificultades tuvieron que vencerse para sacarle de aquella hondura, y cuando a costa de inauditos esfuerzos pudo ser extraído, vieron todos con dolor que pocas esperanzas tenía de vida.

El Barón de Alto-Roble, conociendo su fin próximo,



llamó a sus hijos por señas y los recomendó con moribunda mirada a su escudero Fortachón.

## II

El Barón tenía un hermano de instintos brutales que codiciaba para sí el feudo de sus sobrinos. Así que, tan pronto como tuvo noticia de la desgracia, hizo armar en secreto a 500 de sus vasallos, contrató 1.000 soldados y partió al frente de todos.

Tal prisa se dió, que al mes justo de la muerte de su hermano pudo presentarse ante la puerta del castillo. Para no llamar la atención de la guardia hizo esconder el grueso de su ejército tras los robustos troncos de los últimos árboles de la selva.

Su plan le salió a las mil maravillas. El puente levadizo fué bajado y el conde Arnaldo de Rocardura avanzó a parlamentar seguido de un corto número de soldados.

Mientras él entretenía al jefe, sus soldados, ya instruídos de lo que tenían que hacer, se abalanzaron sobre la descuidada guardia y evitaron con su peso que el puente levadizo fuese alzado de nuevo, dando así tiempo a sus compañeros escondidos de acudir a la carrera.

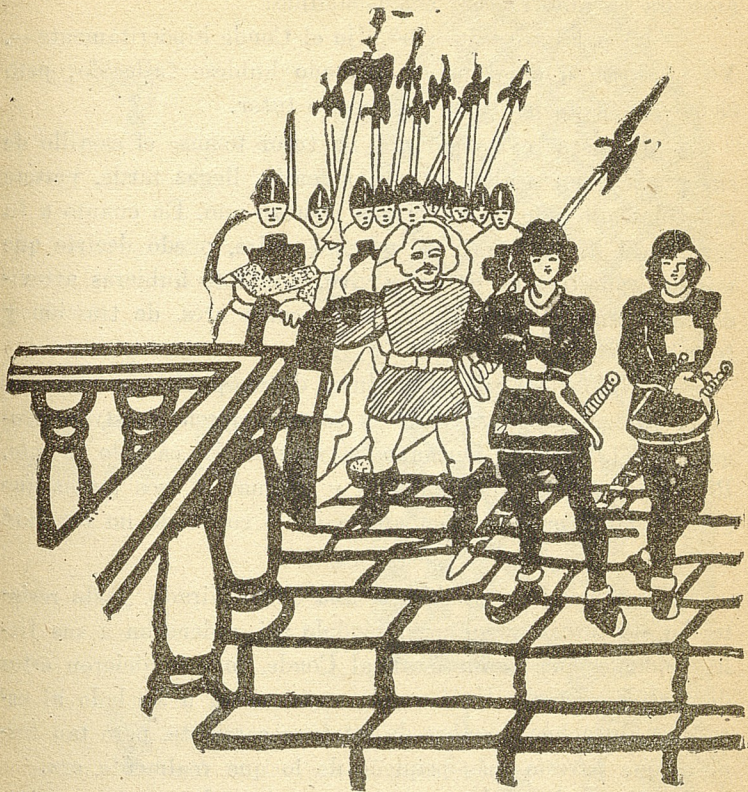
Los gritos de "¡Arma! ¡Arma!" resonaron por todo el castillo llamando a los guerreros al combate, pero era ya demasiado tarde para tratar de organizar la resistencia, y los pocos que lo intentaron pagaron su fidelidad con la vida.

—Esto va bien — dijo el Conde, frotándose las manos con evidente satisfacción y disponiéndose a subir al piso principal en busca de sus sobrinos.

Ya había subido dos o tres peldaños de la escalera revolviendo nuevos planes en su cabeza, cuando se sintió in-



terpelado desde el rellano superior, Roberto y Manuel, seguidos de Fortachón y rodeados de una veintena de soldados, le cerraban el paso.



**Detrás de los muchachos estaba el fiel servidor.**

El Conde creía encontrar a sus sobrinos muertos de miedo, o tal vez encerrados en sus habitaciones; así es que al comprobar su serenidad se turbó no poco hasta quiso balbucear unas frases de saludo. Pero Roberto, llamado el Rojo,



por ir siempre vestido de paño de este color, no lo dejó terminar, y le dijo con arrogancia:

—¿Desde cuándo el hermano de mi difunto padre se presenta en nuestra casa como bandido?

—La palabra es dura — dijo el Conde hipócritamente—. Yo ignoraba que mi pobre hermano hubiese fallecido; pero siendo así, me constituyo en vuestro tutor.

—Jamás se oyó decir que un tutor tomase el castillo de sus pupilos por asalto, y por lo demás, llegas tarde, porque mi padre antes de morir ya nos nombró uno. En cuanto a tu ignorancia de la muerte de nuestro padre, puedo decirte que mientes, puesto que, de estar vivo, jamás te hubieras atrevido a presentarte ante él, culpable, como eres, de traición y felonía...

—¡Niños! — gritó Rocadura, descompuesto por la cólera—. No me forcéis a trataros como merecen vuestras arrogantes palabras. Mi hermano ha muerto. El castillo es mío. Retiraos a vuestra habitaciones y ordenad a esos tontos que arrojen las armas al momento, o de lo contrario no les daré cuartel.

Los muchachos cambiaron una triste mirada. Toda resistencia era inútil, y comprendiéndolo así, ordenaron a sus fieles soldados que se rindieran al Conde, lo que hicieron éstos de malísima gana. Unicamente conservaron a su lado al escudero Fortachón, hombre de estatura corriente, pero tan fornido, que parecía más pequeño de lo que realmente era.

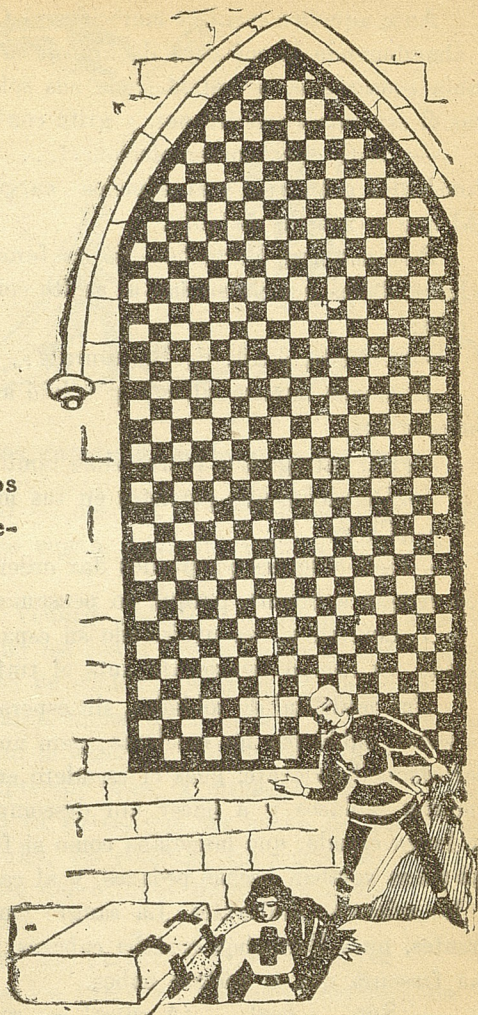
—Y tú, Fortachón, ¿qué haces ahí? ¿Por qué no entregas tu espada?

—¡Vaya una pregunta, Rocadura! — contestó el escudero, riéndose burlescamente—. Te sabía traidor y mal caballero. Lo que ignoraba es que fueses tonto. ¿Cómo quieres que entregue esta espada que me confió el barón de Alto-Roble





Se vieron obligados  
a huir de los poder-  
osos enemigos.



para defender su hacienda, precisamente al bribón que quiere apoderarse de ella?



Ante aquellos insultos merecidos el Conde se puso lívido, y abandonando la máscara de hipocresía que hasta entonces había conservado, se volvió hacia sus soldados, que apiñados tras él esperaban sus órdenes, y gritó con voz de trueno:

—¡Basta de contemplaciones!... Sus!... ¡Sus!...  
 Prendedlos a los tres y traédmelos cargados de cadenas...  
 ¡Al que se resista, matadle!

Pero entonces Fortachón dió un feroz alarido que detuvo a los soldados que ya subían al asalto con las picas en ristre, y dijo:

—¡Detente, conde de Rocardura!...

El Conde impuso silencio y volvió a dirigir la palabra a sus sobrinos:

—¡Ea, entregaos y entregadme también a ese loco!

—¿De modo, que persistes en tus malos propósitos?

—¡Claro!

—Pues entonces ya puedes dar orden a tus soldados que nos vengán a buscar, porque no pensamos entregarnos.

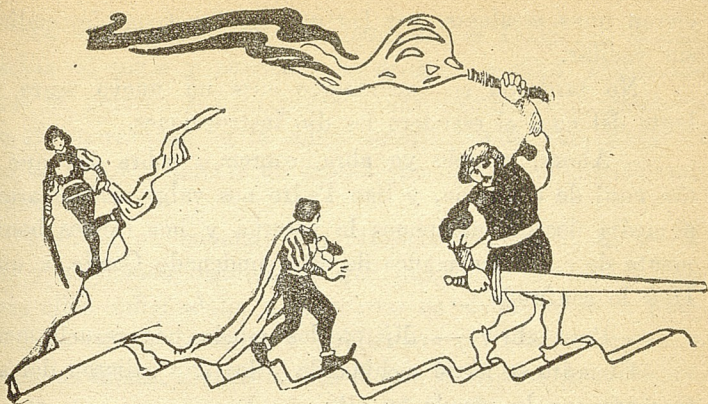
Y Fortachón, desenvainando su espada y embrazando su escudo, se campó fieramente ante el traidor Conde.

Una multitud de soldados, sin esperar una nueva seña de su señor, subió por las escaleras; pero no tardaron en descender atropelladamente, pues el escudero empezó a dar tan tremendos sablazos y a hacer tan descomunales molinetes con su larga espada, que manejaba como si fuese una pluma, que las picas volaban hechas pedazos, y al caer con fuerza herían a los mismos asaltantes. La sangre empezó a correr a torrentes, pues Fortachón cortaba cabezas y brazos con la misma frescura que si cortase nabos.

—¡Sus..., sus!... ¡A ellos! — gritaba el Conde pinchando con su espada a los soldados para que adelantasen.

Pero éstos, por el contrario, empezaban a ceder.





### Fortachón los condujo cuidadosamente...

—¡Ven tú, ven! — decía a su vez el escudero—. ¡Del porrazo que te dé te voy a dejar sin dientes para toda tu vida!

Pero cuando la victoria sonreía a Fortachón y éste juraba y perjuraba que los iba a arrojar a todos del castillo, unas cuantas docenas de soldados subieron a los pisos altos y desde allí dispararon nubes de flechas a los tres valientes. Por un verdadero milagro no resultaron heridos.

Fortachón comprendió que la situación era insostenible, y cubriendo con su pavés, que era ancho de dos metros, a sus señores naturales, los condujo, sin cesar de combatir, hasta las habitaciones del difunto Barón, en donde se atrincheraron sólidamente.

—No hay tiempo qué perder — dijo Fortachón.

Y mientras que los furiosos soldados destrozaban la puerta a golpes de hacha en medio de infernal gritaría, apretó un resorte disimulado en la pared.

Una losa del pavimento se levantó sin ruido y apare-



cieron unas escaleras, por las que los fugitivos descendieron sin vacilar.

No tardaron en encontrarse ante un nuevo muro, delante del cual el escudero les dió instrucciones.

—Ahora, cuando yo abra, caeremos sobre los que están aquí de centinela, y San Pedro nos valga. Escacharemos a media docena, abriremos la poterna y nos iremos bonitamente de entre las manos de este condenado Conde, a quien Dios lo confunda. . .

—Pues abrir — dijeron los muchachos resueltamente.

El muro se abrió rechinando y los tres salieron del subterráneo con la espada en alto.

Afortunadamente, estaban todos los soldados buscando como locos por todos los rincones del castillo, pues no habían podido encontrar el escondrijo de la estancia del Barón; así es que los primeros gritos de auxilio de los cinco soldados que estaban de guardia en la poterna no tuvieron resultado.

Roberto y Manuel les soltaban cintarazos sin descanso, pues les repugnaba verter sangre humana, y ellos, envalentonados, se defendían como gatos panza arriba y sin dejar de gritar para que se enterasen sus compañeros.

Al fin, la maniobra surtió efecto. Un soldado que apareció casualmente por el camino de ronda se dió cuenta de la escena y salió disparado a avisar a sus compañeros. Muy pronto los pesados pasos de mil hombres de armas hicieron retumbar todas las escaleras a un tiempo.

—Vosotros lo habéis querido — dijo furioso Fortachón al ver que habían sido descubiertos.

Y apartando con el escudo las espadas y picas que los soldados le oponían, los fué arrojando uno tras otro a la mitad del patio, lo mismo que si fuesen muñecos.



Ya era tiempo. Los enemigos, con el Conde... *detrás*, bajaban al patio y corriendo se dirigían a ellos. Fortachón abrió la poterna e hizo pasar a sus señores, encargándoles que se guareciesen en la selva, aprovechando para pasar el foso el pequeño puente de tablas que allí había provisionalmente.

Pero en un momento las almenas se llenaron de soldados, y al mismo instante en que una nube de dardos caía sobre ellos obligándoles a guarecerse en el quicio de la puerta, unos cuantos pedruscos hábilmente dirigidos rompían el puente de tablas, quitándoles la última esperanza de salvación.

En la noche resonó un grito del Conde, más rabioso que nunca:

—¡Matadlos!... ¡Que no quede rastro de su raza maldita...!

Fortachón dirigió los ojos a sus señores en una muda súplica.

—Sí — dijo Manuel —, obra como gustes y salvémosnos...

El escudero dió un alarido de alegría, y después de hacer retirar tras él a los muchachos, dió una fuerte patada a la puerta, que se abrió de par en par, lanzando lejos a los que tiraban de ella. Luego, envainando su espada, agarró un madero del destrozado puente, y, emboscándose en la obscuridad, esperó. La ocasión se presentó al momento. Un robusto soldado asomó la cabeza con precaución, y, al fin, no viendo a nadie, se aventuró a salir con la pica por delante. Silbó en el aire la estaca de Fortachón y el soldado cayó al agua con la cabeza aplastada.

No tardó otro en seguirle, pues la puerta era estrecha y el Conde amenazaba con la muerte al que retrocediese.

La pavorosa tranca fué trabajando de segundo en se-



gundo, sin más ruido que un sordo ¡cataplam! en el casco de cada soldado, seguido de un sonoro ¡cataplum! en el agua.

¡Cataplam!... ¡Cataplum!...

¡Cataplam!... ¡Cataplum!...

¡Cataplam!... ¡Cataplum!...

Y a todo esto el Conde esperaba, no comprendiendo el destino de sus soldados.

—¡Adelante!... ¡Sus y a ellos! — gritaba sin cesar.

Pero primero una compañía, después otra, y ya se estaba terminando la tercera, cuando, comprendiendo que algo inusual pasaba en la barbacana, mandó hacer alto a sus soldados, tan extrañados como él, y quiso ver por sí mismo la causa de la desaparición de trescientos hombres tras de mediar el consabido ¡cataplam!..., ¡cataplum!...

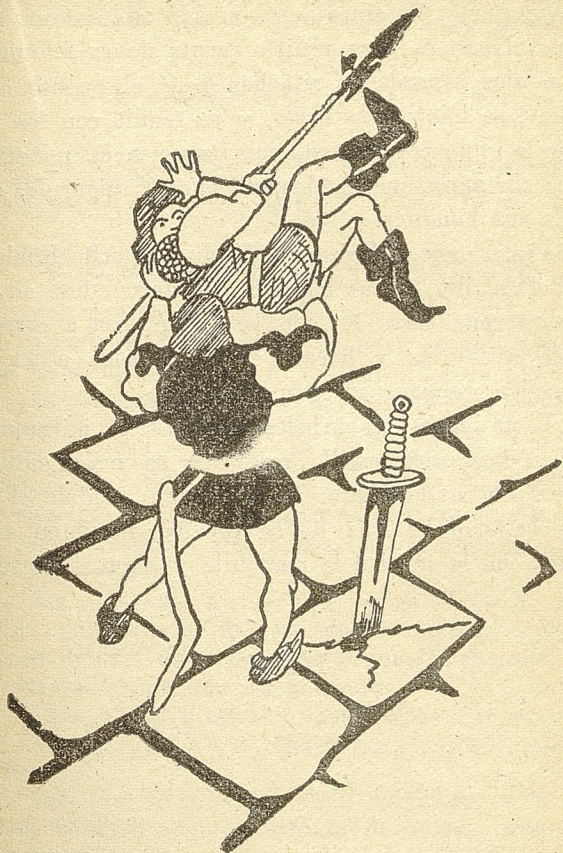
Precisamente entonces Fortachón decía a los muchachos que estando el foso suficientemente cegado, podían atravesarlo por encima de los cuerpos de soldados enemigos.

El Conde llegó a la poterna y asomó media cabeza con precaución. Ello le valió, porque el escudero descargó tan fenomenal estacazo, que poco faltó para que quedase cumplida la amenaza del romance. El Conde quedó con la nariz destrozada por la violencia del golpe, y a la estaca le sucedió lo mismo, pues al chocar contra el suelo quedó rota en menudos fragmentos.

Ya los muchachos estaban al otro lado cuando oyeron las vociferaciones de su escudero, furibundo por haber errado el golpe.



—¡Ah, ladrón...; pero a mí no te me escapás!  
—¡Fortachón! — gritaron los muchachos, temiendo que



**Los brazos de Fortachón eran incansables y poderosos**

si se entretenía le sucediese algo malo.

El escudero, dejando al Conde, a quien tenía cogido por



el cuello (sin conocerle), le dijo con la voz ronca de cansancio:

—La llamada de mis amos te ha salvado... Pero dile a tu amo que dentro de cinco años, cuando mis señores sean ya hombres, volveremos para pedirle cuenta de su felonía.

Y en dos zancadas, Fortachón pasó el puente que tan audazmente se había *construido*, y se reunió con los muchos, que le estaban esperando con impaciencia, mientras que el Conde, sin nariz, medio ahogado y casi aplastado, caía en brazos de sus hombres.

Y de esta manera, Roberto y Manuel de Alto-Roble abandonaron el castillo de sus mayores, e internándose en la selva, obscura como boca de lobo, se dispusieron a correr toda suerte de aventuras y hacerse hombres para a su debido tiempo poder reclamar su herencia...

...Y ya entre los árboles centenarios, miraron hacia arriba, en donde el castillo recortaba su negra silueta en las nubes. Lo contemplaron un momento, dándole el último adiós, y besando la cruz de su espada, siguieron adelante sin miedo, con la conciencia tranquila y seguros de volver.

[ F I N ]





# Concurso de la Compañía Chilena de Electricidad Ltda.

LUCERITO WATT

durante varias semanas, les ha estado anunciando a nuestros lectores que la Compañía Chilena de Electricidad Limitada abre en la

## REVISTA CHASCON

un interesantísimo Concurso, con valiosos premios. Ha llegado el momento de explicar en qué consiste este Concurso.

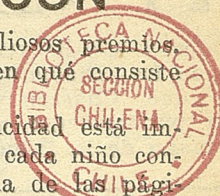
La Compañía Chilena de Electricidad está imprimiendo un folleto que entregará a cada niño concursante que lo solicite. En cada una de las páginas de este folleto aparecerá una pieza (cortada) de manera que se vea claramente el interior de ella. Estas piezas estarán sin instalación de alumbrado, ni lámparas, etc.

En otra hoja aparecerán varias clases de lámparas, para que el niño pueda recortarlas y pegarlas en el sitio que crea más adecuado, en cada una de las piezas de que ya hablamos.

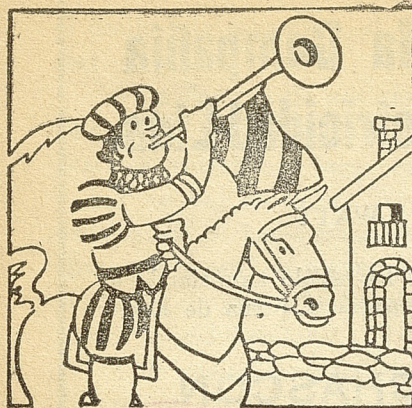
Estos folletos estarán terminados el 15 de agosto, más o menos. No se repartirán, pues, antes de esa fecha.

Para que el niño que desea participar en el concurso obtenga uno de estos folletos, no tiene más que inscribir su nombre y dirección en la

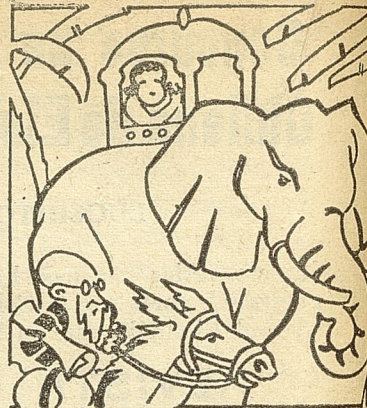
**SECCION PROPAGANDA DE LA COMPAÑIA  
CHILENA DE ELECTRICIDAD LIMITADA  
SANTO DOMINGO**



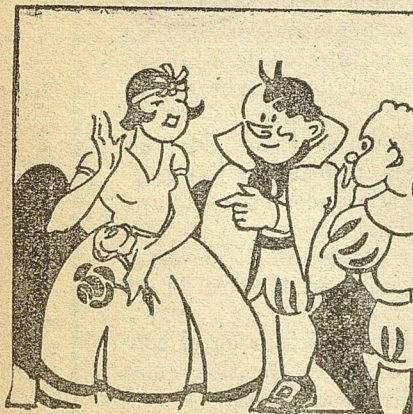




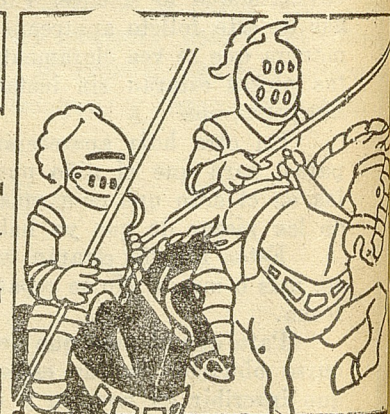
1.—Heraldos a caballo recorrieron el Reino de los Diamantes para anunciar que Chascón y Tarzán lucharían públicamente para obtener a mano de la Princesa.



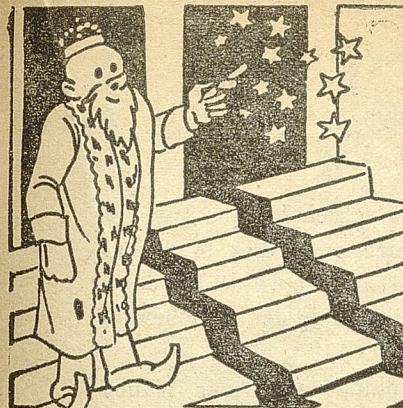
2.—Por todos los caminos del Reino acudieron los espectadores, unos a caballo, otros en borriquitos, algunos en camellos y en elefantes. Todos querían ver el torneo.



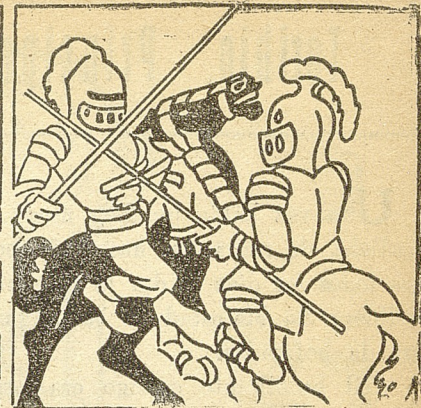
3.—Poco antes del combate, la Princesa obsequió a Chascón una rosa roja y a Tarzán una rosa blanca, por lo cual esta pelea se llamó: "el torneo de las dos rosas".



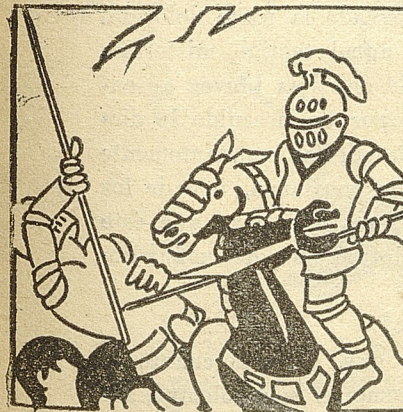
4.—Los adversarios se pusieron unas hermosas armaduras y montaron en lindos caballos. Chascón en uno blanco y Tarzán en uno negro.



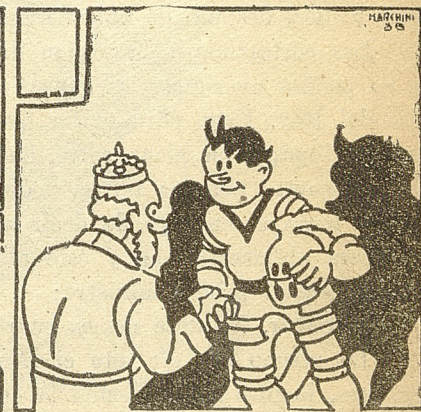
5.—El Rey dió la señal, disparando un cohete de mil colores. Las mujeres aplaudieron y sonaron estruendosamente las trompetas.



6.—Tarzán se lanzó al galope, lanza en ristre, dispuesto a derribar a Chascón. Pero éste era un jinete muy hábil y evitó el choque.



7.—Volvieron los enemigos a lanzarse uno sobre otro. Chascón llegó a romper su lanza contra la armadura de Tarzán, que cayó al suelo.



8.—Mientras unos soldados se llevaban al vencido Tarzán, el Rey felicitaba a Chascón por su triunfo.

No deje de ver en el próximo número la continuación de esta extraordinaria serial.



# Toribio, Príncipe y Señor

Una vez había un Rey muy desgraciado, que tuvo la desdicha de reñir con una hada poderosa, y ésta le ordenó que todos los días al dar la primera campanada de las doce, recibiera Su Majestad en las augustas mejillas un soberano par de bofetadas.

El humillante castigo era propinado por unas manos invisibles, pero duras, que ponían los regios carrillos echando fuego, y el Rey, para evitarse la vergüenza de recibir los consabidos bofetones delante de su corte, se encerraba en su despacho a las once y tres cuartos, y no salía de él hasta las doce y diez, después de haberse refrescado la parte dolorida.

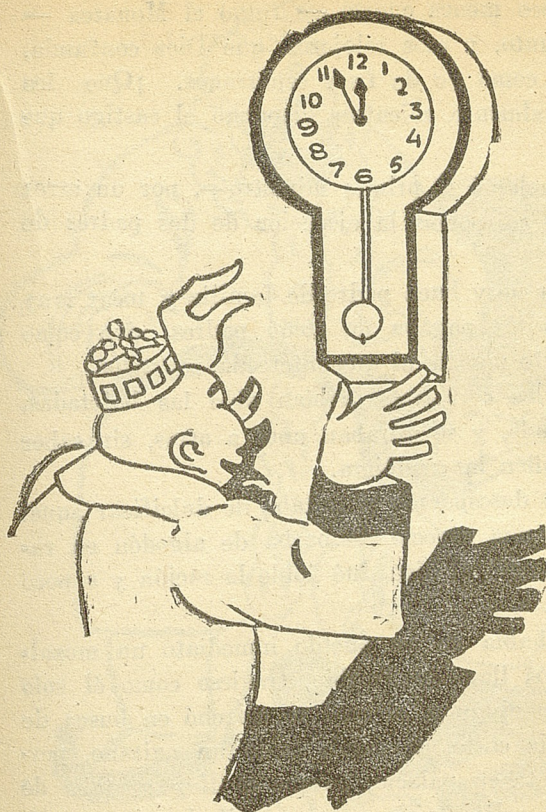
Los cortesanos nada sabían de aquel castigo misterioso y no podían averiguar las causas de aquellas breves ausencias del Rey. Este, para evitar que por un descuido le dieran los sopapos en plena corte, hacía vigilar constantemente su cronómetro por dos relojeros de su confianza, uno de los cuales tenía el encargo de decir al sumiller, para que éste lo dijera al maestresala, y éste al introductor de embajadores, y éste al primer ministro:

—¡Señor, las doce menos cuarto!

Lo mismo era oír esto el Rey que, dejando cuanto le ocupara, incluso suspendiendo la ceremonia más solemne, salía disparado a encerrarse en su despacho, hasta las doce y diez minutos, en que volvía a ocupar el trono, más encarnado, pero más tranquilo.

Su reloj de bolsillo lo arreglaba del modo siguiente: el desdichado Monarca ponía su reloj en las doce apenas reci-





A las doce en  
punto, el rey  
recibía la tre-  
menda bofe-  
tada.



bía las bofetadas de ordenanza. De este modo evitaba que un retraso inadvertido lo comprometiera.

Pero un día, ¡oh dolor!, se estropeó una de las ruedas del cronómetro y a Su Majestad se le paró el reloj de bolsillo; y cuando el relojero de guardia anunciaba las doce menos cuarto sonaron dos tremendas bofetadas aplicadas sobre los mofletudos carrillos de Su Majestad, en medio de una espléndida fiesta cortesana.



No son las doce menos cuarto — rugió el Monarca — son las doce en punto, y esos relojeros, que Dios confunda, así saben de hora como yo de freír espárragos. ¡Que los ahorquen provisionalmente, mientras dispongo el castigo que merecen!

—Señor — exclamó el primer ministro—, por un error de quince minutos ¿disponéis la ejecución de dos padres de familia?...

—Se puede ser muy buen padre de familia y tocar muy mal clarinete. Yo los pagaba no como padres, sino como relojeros... Pena de muerte al que interceda por ellos.

A todo esto los cortesanos habían oído las bofetadas, pero no sabían dónde, y se miraban unos a otros, sin saber quién las dió ni quién las recibiera.

El Rey estaba desesperado y trataba de dulcificar aquel castigo poniéndose una especie de barba de algodón en rama; pero el día en que tal hizo, fué doble la ración y a poco se queda sin muelas.

A todo esto, había en un pueblo inmediato un mozallete de quince años llamado Toribio, travieso como él solo y entretenido como ninguno, el cual se marchó en busca de fortuna. Llegó a la corte, en donde tenía un paisano, persona muy influyente en palacio, porque el Rey gustaba de su conversación y solía bajar a las caballerizas para ver cómo los caballos se espantaban las moscas con la cola.

Allí conoció a Toribio, que tal era el jovenzuelo recién llegado; y cuando se enteró de que a toda costa quería hacerse rico, le propuso con toda reserva, que buscarse el hada Quejicona, su enemiga, y comprara su perdón a cualquier precio.

Estando en esta conversación sonaron dos ¡paf! ¡paf! y las mejillas del Rey se colorearon.





Era un muchacho del pueblo, sencillote y valiente.



—Las doce en punto — exclamó tristemente—. Tengo el reloj en los carrillos.

Toribio lió el petate en busca de Quejiconá, sin saber cómo dar con ella. Preguntó si había algún mago en la población e indicáronle uno, que, por diez centavos, daba las señas y hasta el retrato y pelo de quien se quisiera. Dióle el mago las señas de la habitación de Quejiconá, maga de primera clase, que vivía en una buhardilla de una casa vieja sin ascensor, y llegado allí, mientras fregaba Quejiconá los platos del cocido, le expuso la conveniencia de que suspendiera el castigo al Monarca.

—Deje usted que se entretenga un poco — exclamó la maga—; así se rascará y tendrá algo qué hacer.

Por fin se apiadó del Rey, pero poniendo una condición que había de dar a Toribio por esposo a la Princesita mayor que era una muchacha ideal, sin más defecto de ser un poco coja y algo manca, y que hubiera tenido buenos ojos de no ser turnia y una soberbia mata de pelo si no hubiera sido calva como la palma de la mano. En fin, un partido soberbio.

Accedió el Rey a lo solicitado, y la boda se celebró con mucha pompa. Hizo a Toribio Príncipe de Truchimán y señor de inmensos estados.

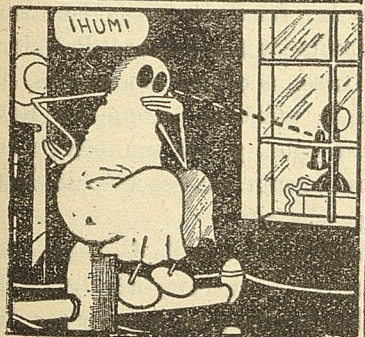
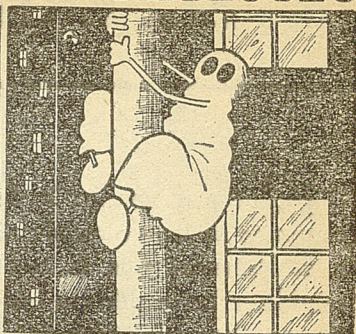
El Hada Quejiconá fué la madrina. El padrino fué el Rey; pero, en el acto de la boda, Quejiconá, al oír la primera campanada de las doce, soltó a su compadre dos bofetones que dejaron al Monarca sin saber dónde estaba.

—Son mi regalo de boda — dijo — porque son los últimos que propino al Rey mi señor.

Quedó éste contento con verse libre de aquellos golpes y todos alegres de ver a Toribio hecho un Príncipe de lo más tieso que se ha conocido.



# EL FANTASMA QUISCOSO



Las aventuras de Quiscoso son siempre fantásticas



# EL ERIZO FIEL

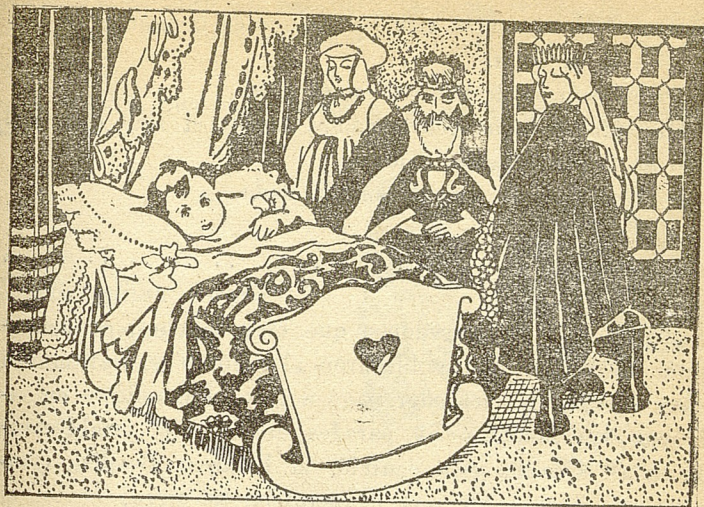
¡Qué preocupación la del Rey Basilio y la Reina Elisa conforme se iba acercando el momento de tener que bautizar a la Princesa! Con la costumbre que habían comenzado a establecer las malévolas hadas de asistir al bautizo y atraer alguna desgracia sobre la criatura, estaban los pobres que no les llegaba la camisa al cuerpo. ¿Qué hacer? Si no se celebraba el bautizo, las hadas buenas se enfadarían: Si se celebraba, nunca faltaría una de las otras que lo echase a perder. Al fin la Reina tuvo una idea feliz:

—¡Si lo celebráramos en secreto! Las bodegas de Palacio son amplias y allí se puede efectuar la ceremonia.

Convinieron en hacerlo así. Llamaron al chico del panadero, muchacho listo y tan guapo como un Principito en ropas humildes, y le ordenaron que, al repartir el pan, fuese entregando las invitaciones a las familias escogidas como quien entrega facturas. Los invitados acudirían a Palacio en traje de mercaderes, como si fuesen a cobrar una cuenta. Era el mejor medio de no llamar la atención, porque los Reyes estaban entrampados hasta los ojos, y ver un comerciante a la puerta de Palacio con una cuenta era espectáculo de todos los días en que nadie reparaba ya.

Acudieron, pues, los altos dignatarios de la Corte, cada cual con el disfraz más apropiado a su categoría, y las hadas buenas, a quienes se había invitado en primer término: Benévola, reina de las hadas, iba de *rayo de luna*; Serena, su lugarteniente, de *mariposa*, etcétera, etc., Pero el Almi-





**Allí estaba en su cuna...**

rante de la Armada les agüó la fiesta, porque, siendo un  
hombretón muy grande, no pudo encontrar disfraz que le  
tapase bien el uniforme, y el hada Malévola, que, como su  
nombre lo indica, era la peor de todas, vió relucir una de  
sus charrateras, le siguió y se dió cuenta del engaño.

Convirtiéndose en sapo, entróse por una cañería al to-  
nel principal, que para la ceremonia se había utilizado co-  
mo si fuese una maceta, y al encontrarlo lleno de tierra se  
volvió topo y se abrió camino hasta la superficie. Y cuando,  
en las bodegas espléndidamente adornadas, las hadas buenas  
prometían a la Princesa Basilisa toda suerte de venturas,  
recobró Malévola su forma habitual y dijo:

—Tendrá cuanto decís, pero será arrojada de su Reino,  
se verá obligada a hacer frente a sus enemigos, sin que ha-  
ya a su lado más que una persona, y sólo recuperará lo que



le pertenece si encuentra cien lanzas que se pongan a su servicio y sólo al suyo.

Dicho esto se desvaneció en el aire.

Quedáronse todos consternados, menos el Rey que, haciendo de tripas corazón, dijo:

—¡Bah!, puede que no suceda nada.

.....

¡Sí, nada! Los acreedores, que eran muchos, de acuerdo con un Rey vecino, sublevaron al ejército y destronaron al Rey Basilio. El vencedor pagó a todo el mundo y empapeló con las facturas las paredes de Palacio, estableciéndose en él. Cuando esto ocurrió, la Princesa Basilisa estaba ausente, en casa de una Emperatriz, tía suya.

Y al volver, con más de cincuenta camellos cargados de riquezas, en vez de colgaduras y festejos, vió las calles desiertas, y en el trono de su padre un Rey usurpador.

No hizo éste caso ninguno de sus quejas y la echó de allí.

—Debíamos haberla mandado matar para apoderarnos de sus riquezas — dijo la Reina usurpadora en cuanto hubo salido la destronada Princesa.

—Voy a mandar a mis arqueros que disparen contra ella desde la torre — añadió el Rey.

Entretanto, la Princesa había salido al jardín y se encontró con el chico del panadero, que era ya un guapo mozo, el cual se ofreció a ser escudero suyo y a acompañarla siempre. De pequeños habían jugado juntos y se tenían gran afecto.

En aquel instante, los cien arqueros del Rey, viendo a la Princesa, dispararon, con gran tino, cien dardos. Pero



Erináceo, el chico del panadero, lo había observado y se puso delante de la Princesa. Los cien dardos se le clavaron en la espalda.

—¡Ay, que han matado a mi único amigo! — exclamó.

Tenía púas como  
un erizo....



llorando Basilisa, cuando le hubo llevado, para guarecerle, detrás de un seto.

Benévola, que la oyó lamentarse, apareció y dijo:

—Hay un remedio. Un solo ser en el mundo puede vivir con cien púas clavadas en el cuerpo: el erizo. No hablo del puerco-espín, porque los puerco-espines son mala gente.

Transformó, pues, a Erináceo en erizo. Había conservado el habla; pero como solamente los hombres saben disimular, en cuanto dejó de ser hombre no pudo ocultar por más tiempo a la Princesa que estaba enamorado de ella. La Princesa se lo consintió por ser erizo y recogiólo cuidadosamente en una punta del manto, echó a andar en busca de la casa paterna.

Tardó mucho en dar con ella, pero al cabo la encontró. Los Reyes vivían tranquilamente de una pensión que, como a Monarcas destronados, les pasaba el Ministerio de Abastecimientos. Estaban dedicados a los quehaceres domésticos,



cuando con gran alegría vieron entrar a su hija en compañía de su fiel erizo.

Un día éste, que solía pasarse las horas muertas en conversaciones con la Princesa, le dijo que se acercaba el instante de recuperar sus estados; que se vistiese de ama de llaves francesa y solicitase un puesto vacante en el Palacio del usurpador. Luego el erizo se tornó invisible.

Hizo ella lo que se le indicaba, y fué admitida en el Palacio para traducir recetas de cocina. (Ya se sabe que las mejores están en francés).

De allí a pocas noches, el Rey sintió que una pelota llena de pinchos botaba y rebotaba sobre su cara. Encendió luz y nada vió; pero al apagarla de nuevo, vuelta a las andadas y a oír una voz que decía:

—¡Toma, usurpador de Reinos, matador de Princesas, toma pinchazos de los buenos!

A la noche siguiente le ocurrió lo mismo a la Reina. A la otra, fué el Rey el favorecido. Y así sucesivamente, hasta que los dos tuvieron la cara hecha pedazos y se vieron obligados a cubrirse de vendas.

Una mañana, al tomar el desayuno, cayeron en la cuenta de que el Palacio no les gustaba y de que lo mejor sería volver a su Reino y devolver a Basilio el que le pertenecía.

—¡Ojalá pudiésemos también resucitar a la Princesa! — exclamaron—. A veces hay que lamentar la buena puntería. Si mis arqueros hubiesen errado sus flechas, la Princesa hubiera escapado y podría venir hoy a nuestra llamada.

—Si lo deseáis sinceramente, resucitará — exclamó una voz en el aire.

—¿Quién nos habla? — se preguntaron los Reyes — ¿Será la voz de nuestra conciencia?

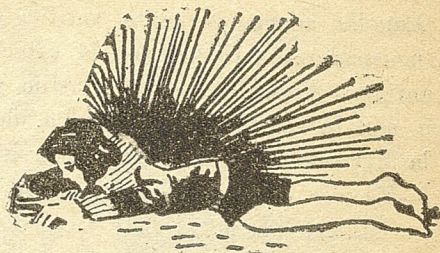


El erizo invisible sonrió en la sombra y oyó decir:

—Sí, lo deseamos sinceramente.

—Pues llamad al ama de llaves francesa.

Pero era va-  
liente y leal.



Acudió el ama de llaves, y cuando ellos le preguntaron si no había en sus libros una receta para resucitar Princesas muertas a flechazos, les contestó:

—Sí, hay una; es necesario que os dejéis vendar los ojos y no os descubráis hasta que la voz de la conciencia haya contado cincuenta y cinco.

Llevaba su traje de Princesa debajo del humilde vestido de ama de llaves, y cuando tuvieron los ojos vendados se quitó el de encima, lo escondió en la chimenea con la peluca y los anteojos, mientras la “voz de la conciencia” iba contando: uno, dos, tres... y cuando llegó a cincuenta y cinco se quitaron los Reyes la venda y vieron delante a la Princesa, viva y bonita como nunca.

—Es necesario escribir a vuestro padre para que venga a hacerse cargo del Reino. Nosotros nos vamos esta misma noche.

—¡Cuánto siento verles en ese estado!

—Lo merecemos, porque hemos sido malos.

—Bésalos tú, Princesa, para que recobren la salud —  
dijo en esto la “voz de la conciencia”.



[Y la Princesa, inmediatamente besó a la Reina en una oreja y al Rey en la punta de la nariz, únicas partes de la cara que tenían sin vendajes. Con lo cual ambos curaron instantáneamente.

Aquella misma noche se verificó el cambio de Reyes. Los usurpadores salieron por la estación del Norte, hacia sus antiguos Estados. El Rey Basilio y la Reina Elisa llegaron por la estación del Mediodía, donde fueron recibidos por la Princesa y su escudero, el invisible erizo.

—Ya ves cómo hemos recuperado el Reino sin necesidad de las cien lanzas.

—Cien lanzas tengo yo clavadas en el cuerpo — dijo entonces el erizo volviendo a mostrarse — y todas están consagradas a ella, y sólo a ella.

Con un beso que la Princesa le dió para mostrarle su agradecimiento, recuperó su forma humana el erizo: los besos de la Princesa eran besos encantados, razón por la cual obraban tales prodigios.

Al verle tan guapo y enamorado, los Reyes quisieron casarle con su hija; pero les detenía la idea de que no era más que el chico del panadero.

Los erizos lo saben todo — dijo él—. Mientras fui erizo supe que yo era hijo de un Rey, precisamente del que os usurpó el Reino; de niño, un panadero me robó de la cuna y me hizo pasar por hijo suyo. Ya veis si habré tenido que sufrir al lastimar de tal suerte a mis padres. Mas era por su bien. Voy ahora mismo a pedirles perdón y a rogarles que vengán a solicitar para mí la mano de la Princesa Basilisa.

—Pero no invitaremos a nadie a la boda — exclamaron los Reyes.

—¿Ni a mí tampoco? — preguntó el hada Benévola,





Ella, muy linda, confiaba en su suerte.

apareciendo en el aire—. Pues yo me doy por invitada. ¿Por qué no mandáis que toquen a boda ahora mismo?

—Por lo que acabas de oír; porque primero han de venir de sus Estados los padres del novio a pedir la mano.

—Cabe un arreglo — dijo el hada Benévola.

Y sin decir más desapareció. A los pocos momentos volvió con los padres del novio. Así pudo efectuarse la boda pronto y sin invitados.





# EL CONCURSO de CHASCON

CHASCON invita a todos sus lectores a participar en su Concurso. Ya hemos dicho de qué se trata. Lo repetiremos ahora, brevemente:

CHASCON publica, todas las semanas, un cuadro numerado, que se llama "Página del Concurso". Los lectores tienen que colorarlo y enviarlo en seguida con su nombre y dirección a REVISTA CHASCON — Casilla 63-D.

Aparecerán 16 de estos cuadros. Se darán buenos premios. La lista de premiados se publicará en el número del 17 de septiembre.

El Primer Premio consiste en una hermosa bicicleta que se exhibe en las vidrieras de la Editorial Ercilla (Agustinas 1639). Obtendrá este premio el que colore mejor los 16 cuadros.

Habrà más de 100 premios muy interesantes para los que hayan colorado un poco menos bien estos cuadros del concurso, como asimismo para los que no envíen sino algunos. A estos últimos concursantes se les exigirá que sea excelente la coloración de los cuadros que envíen.

Póngase, pues, al trabajo y trate de ser el que  
mejor colore los 16 cuadros de la  
Página del Concurso.



# PAGINA DEL CONCURSO

(CUADRO N.º 11)



*Póngale color a este cuadro y en-  
vuelo con su nombre y dirección  
a esta revista*



# *Papito!...*



*... mi abuelito tiene la culpa de que te duela la vista, porque no te hizo estudiar con buena luz cuando eras chico ...*

## **YO NO QUIERO QUE ME PASE LO MISMO!**

*Tienes razón hijito; pediré a la  
CIA. CHILENA DE ELECTRICIDAD LTDA.  
un estudio de la intensidad luminosa que se debe  
emplear en nuestro hogar.*